



Irene Vallejo. *El infinito en un junco: la invención de los libros en el mundo antiguo* (2019), Siruela, 452 páginas.

No solo se experimenta placer al leer un ensayo como el de Irene Vallejo, sino que además, en cierto sentido, nos ha devuelto la otredad. Casi sin exagerar digo «la otredad entera», pues hace del lector un partícipe más en la hazaña que constituye la memoria de la humanidad, nos trae el pasado y el futuro en un presente que se sigue escribiendo y recordando, y en ese sentido creo que solamente exagerando podemos ser fieles a lo que *El infinito en un junco* nos ha dejado y le hemos quedado debiendo.

Es una historia de la historia de los libros. Está sumergida e hilada a través de frágiles palabras y testimonios percederos que alargaron su permanencia a través del paso de la oralidad a la fijación de lo escrito. Innovaciones que hicieron posible la lucha contra el olvido, la consolidación de una tradición a través de los primeros papiros. Un alfabeto que, cuando se simplificó y amplió su alcance, liberó a muchas personas al hacer posible la disidencia y el pensamiento crítico hacia lo establecido. Papiros que más adelante fueron transformados en tecnologías portátiles que hoy llamamos libros, cuyos protagonistas en la larga historia de su supervivencia fueron lectores y librerías valientes que los organizaron y preservaron. En librerías y bibliotecas, tanto públicas como privadas, fueron preservados para que fueran conocidos por lectores aún no nacidos, por la humanidad del porvenir, quienes serían beneficiados por la sabiduría de grandes creadores cuyo mensaje no podía terminar olvidado. La historia de la lucha contra la amnesia humana continúa en la actualidad a través de otro libro que algunos leerán en ebook porque su evolución y adaptación continúa. La historia que hay que leer y volver a leer es *El infinito en un junco*.

De muchas maneras el prólogo prepara y anuncia la aventura en la que se embarca el lector. Las primeras líneas se suceden a ritmo de caballo —literalmente son jinetes con un halo de misterio, cuya misión es cazar libros

hasta los confines del mundo conocido para llevarlos a Alejandría—, seguidos de una reflexión donde la autora manifiesta dudas ante este proyecto de ocho años. Cuatro de investigación y cuatro más de un arduo trabajo para hacer de ese ensayo uno literario que «pudiera leerse como una novela». Se mezclan relatos de hechos históricos, reflexiones íntimas, narraciones y saltos entre el ayer y el hoy que muestran el hilo que los vincula. Quizá Vallejo extrajo fuerzas para el hercúleo esfuerzo porque era consciente de estar agregando su ladrillo en el siempre inestable edificio de la memoria.

Aunque no solemos pensarlo, la regla en la historia de la humanidad es la ausencia, la desaparición de lo contingente, mientras que la durabilidad y la transmisión entre generaciones es lo excepcional. Y no solo los libros dan mayor posibilidad de permanencia —la existencia de varios, de por sí, es casi milagrosa—. También la dan quienes los crearon, quienes los cuidaron y quienes los mantuvieron como contenedores de tesoros que en el presente muchos de nosotros damos por sentado y no sabemos apreciar. Irene lo expresa del siguiente modo:

No olvidemos que el libro ha sido nuestro aliado desde hace muchos siglos en una guerra que no registran los manuales de historia. La lucha por preservar nuestras creaciones valiosas: las palabras, que son apenas un soplo de aire; las ficciones que inventamos para dar sentido al caos y sobrevivir en él; los conocimientos verdaderos, falsos y siempre provisionales que vamos arañando en la roca dura de nuestra ignorancia. (Vallejo, 2019, p. 21)

El anhelo detrás de estas pocas páginas dedicadas a *El infinito en un junco* es que se transformen en una invitación para que más lectores se acerquen. Una invitación que promete ser mucho más aburrida que la fiesta a la que invita, pues se trata de un festín literario y humanista, un libro al que solo a través de hipérbolos y otros libros se le puede hacer justicia. Esta invitación también pretende ser la minúscula contribución para que la historia del recuerdo continúe.

Como gravitas de la primera parte se encuentra la famosa Biblioteca de Alejandría, cuyo mito es inseparable de la ambición de la que nace: Alejandro Magno. El gran conquistador supo dotarle al helenismo de unas dimensiones imperiales y mestizas, con Homero como centro unificador cuyas palabras alcanzaron dispares rincones del mundo conocido. Pese a la disolución del imperio, Alejandría supo conservar el legado griego e intercultural que tanto atrajo a Alejandro. Allí convergieron, tanto en la Biblioteca como en el Museo, sabios de diferentes disciplinas y territorios dedicados al pensamiento. La historia es fascinante, en particular, por las ingentes inversiones que se hicieron para que dicho proyecto cultural, creativo y de preservación, fuera posible. Y con

tales ambiciones, considera Vallejo, se empezó a construir la «guarida donde protegemos todo aquello que tememos olvidar. La memoria del mundo. Un dique contra el tsunami del tiempo» (Vallejo, 2019, pp. 48-49). Sin embargo, como señala la autora, no era solo un refugio del pasado y su herencia, sino los pasos acelerados que daba hacia delante un mundo globalizado.

Como también recuerda Luc Ferry (2009), la mitología griega era importante porque nunca fue meramente un entretenimiento, sino «el corazón de la sabiduría antigua». En ese ámbito radica el paso previo al «milagro griego» —el nacimiento de la filosofía— cuya sabiduría sobre la vida y la muerte estaba presente en narraciones que luego serían conceptualizadas. Los relatos mitológicos ayudaban a las personas a vivir mejor aceptando la muerte y el propio lugar dentro de un orden cósmico que era bello y justo, pero también caótico y trágico. De muchas maneras es lo que muestra el rechazo de Ulises, un gesto de aquiescencia que se cristaliza cuando niega la tentadora oferta de la bella diosa Calipso que casi lo convertía en otro dios. Ulises rechaza el ofrecimiento de inmortalidad para volver a su hogar tras una década fuera porque la vida humana, a pesar de ser pasajera y abundante en desgracias, merece la pena (Ferry, 2009). Entre la mitología y la filosofía, entre lo griego y lo romano, entre el hoy y el ayer, hay más una continuidad que rupturas.

Por otra parte, Carol Zardetto sostiene que el libro está impregnado de destellos de ternura, como con la historia de Esquilo quien, pese a haber perdido un hermano en las guerras con los persas, contó y llevó al teatro la historia de Los persas (comunicación personal). Y lo hizo desde la visión de los derrotados en donde «no detectamos ningún rastro de odio, sino una inesperada comprensión» (Vallejo, 2019, p. 178). Zardetto pregunta si seríamos capaces de hacerlo en la actualidad, tan polarizados e ideologizados como estamos.

Por otra parte, estaba Heródoto, un «individuo de curiosidad incansable, un aventurero, un perseguidor de lo asombroso, un nómada, uno de los primeros escritores capaces de pensar a escala planetaria, casi diría que un adelantado de la globalización» (Vallejo, 2019, p. 180). Heródoto, quien escribió *Historias* y fundó la disciplina, en sus afanosos viajes por descubrir la verdad, cayó en cuenta rápidamente de que se le escapaba por las distintas versiones que encontraba en el camino. Así entrevistó, mucho antes que el «multiperspectivismo contemporáneo», como lo nombra Vallejo en su ensayo, que la verdad es un asunto complejo y frágil, y que la mejor manera de acercarse a ella era a través de los otros, pero con un genuino interés de comprensión y no desde la superioridad o el prejuicio. Quizás repite lo que sucede a la novela con Cervantes, donde el origen de algún modo contiene todo lo que le sigue, así como *Don Quijote de*

la Mancha podría considerarse la primera novela moderna y posmoderna que marca el porvenir (Cercas, 2016).

El gravitas de la segunda parte, donde se trasladan los focos de Alejandría a Roma, radica en la continuidad que existe entre la cultura romana y la griega, algo que señalaba Hannah Arendt (1961/2020) en *Entre el pasado y el futuro*. Los romanos adquieren y asimilan la cultura griega, los conquistadores son conquistados a su vez, pues a pesar de la indudable superioridad militar romana, los griegos mantuvieron un aprecio por la cultura que los romanos supieron reconocer, admirar y cultivar. De allí que la innovación Romana fuera la recuperación de lo griego —creadores de la tradición y su autoridad diría Arendt— bajo la ambivalente relación entre la admiración y el sometimiento de los sojuzgados. Puede ser un ejemplo interesante sobre la tensión que existe entre lo viejo y lo nuevo, si innovar es romper con el ayer o recuperarlo. Pensemos en el Renacimiento o en el Romanticismo, incluso en las vanguardias modernas.

Lo expresado recuerda el relato de *El estudiante* de Anton Chejov (1894), donde un estudiante de la academia eclesiástica, Ivan Velikopolski, volvía de cazar reflexionando sobre «todos esos horrores habían existido, existían y existirían y, aun cuando pasaran mil años más, la vida no sería mejor» (párr. 2). Al cruzarse con unas viudas en el camino, se detiene y les cuenta la historia bíblica de Pedro, cuando niega a Jesús tres veces. Entonces, vio replicarse las lágrimas del apóstol del relato en una de las viudas, Vasilisa, cuya reacción posterior fue de alegría al comprobar la unión entre el pasado y el presente, la identificación de los dolores de Pedro con los de la viuda, la continuidad de la «verdad y la belleza».

Si el libro es una lucha contra el olvido, también puede afirmarse que no han faltado los intentos totalitarios de crear o perpetuarlo. Vallejo menciona varias veces los intentos de censura, ya sea porque retan frontalmente la tradición, porque se considera que son ideas peligrosas o por capricho de un tirano. Son conocidos los ejemplos de las grandes quemaduras de libros, especialmente durante los movimientos totalitarios como el nazismo. Sin embargo, no solo esos esfuerzos resultan infructuosos y contraproducentes —porque en ocasiones replican la idea que pretenden eliminar— sino que la libertad casi siempre encuentra pequeñas hendiduras y personas valientes en donde conservarse mientras la barbarie termina.

Si hay una idea que parece persistente a lo largo del libro es que no somos tan distintos de cómo eran los antiguos griegos. No solo porque lo viejo sigue hablando y nos vincula a ese pasado, sino porque lo nuevo no es sinónimo de mejor. Por ejemplo, la tecnología más importante para preservar la memoria y

mantener la humanidad viva fue el libro creado hace mucho tiempo, mientras que algunas tecnologías modernas son armas de destrucción masiva. En nuestro largo recorrido juntos, el progreso también ha tenido oportunidad de teñirse de negro y sangre, pese al indudable avance que tenemos en muchos sentidos. Como Stefan Zweig dejó constancia en su autobiografía *El mundo de ayer*, el progreso científico no tiene por qué acompañarlo un progreso moral. O, parafraseando a Ortega y Gasset, el progreso contiene consigo las condiciones del retroceso. Quizá haríamos bien si seguimos la ruta que proponen las humanidades: preservar las enseñanzas que desde hace siglos mantienen un intenso diálogo con nuestro presente, pues los clásicos continúan hablando porque desde la Antigüedad clásica hemos continuado reciclando nuestros signos, nuestras ideas y revoluciones (Vallejo, 2019).

Quizás sirva, para finalizar, recordar que «la invención de los libros ha sido tal vez el mayor triunfo de nuestra tenaz lucha contra la destrucción» (Vallejo, 2019). No por ello Vallejo embellece con ingenuidad la cultura y el mundo antiguo, pues no está exento de horrores, pero varias ideas valiosas nos han traído, como la igualdad y la democracia, e inclusive la dignidad humana, como bien elabora Martha Nussbaum (2020). Y no solo por eso vale la pena adentrarse en esta lectura, sino porque el relato traslada con ternura y precisión. Nos hace partícipes del enorme recorrido del recuerdo, del progreso y desarrollo humano. En ese sentido, no resulta exagerado expresar que Vallejo ha escrito un libro infinito, que seguro pasará la prueba más importante de todas: la del tiempo.

Mateo Echeverría

Universidad de Navarra
a.mateoe@gmail.com

Referencias

- Arendt, H. (2020). *Entre el pasado y el futuro*. Editorial Planeta. (Originalmente publicado en 1961)
- Bloom, H. (2006). *Cómo leer y por qué* (M. Cohen, Trad.). Anagrama. (Originalmente publicado en 2000).
- Cercas, J. (2016). *El punto ciego*. Literatura Random House.
- Chejov, A. (s.f.). *El Estudiante*. Ciudad Seva: <https://ciudadseva.com/texto/el-estudiante/>. (Originalmente publicado en 1894).

- Ferry, L. (2009). *La sabiduría de los mitos: aprender a vivir 2*. Taurus.
- Nussbaum, M. C. (2020). *La tradición cosmopolita: un noble e imperfecto ideal* (A. Santos Mosquera, Trad.). Paidós.
- Ortega y Gasset, J. (1983). *La rebelión de las masas*. Ediciones Orbis. (Originalmente publicado en 1929)
- Vallejo, I. (2019). *El infinito en un junco: la invención de los libros en el mundo antiguo*. Siruela.
- Zweig, S. (2011). *El mundo de ayer: memorias de un europeo*. El Acantilado. (Originalmente publicado en 1941).

Derechos de Autor (c) 2022 Mateo Echeverría



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons 4.0](#).

Usted es libre para compartir —copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato— y adaptar el documento —remezclar, transformar y crear a partir del material— para cualquier propósito, incluso para fines comerciales, siempre que cumpla la condición de:

Atribución: Usted debe dar crédito a la obra original de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace de la obra.

[Resumen de licencia](#) - [Texto completo de la licencia](#)

Declaración de conflicto de intereses

El autor de este artículo declara que no tiene vínculos con actividades o relaciones que pudieran haber influido su juicio de forma inapropiada, como relaciones financieras, lazos familiares, relaciones personales o rivalidad académica.

Financiamiento

El autor no recibió financiamiento para escribir este artículo.